

LIBROS

"Un país como éste no es el mío"

La poesía, a diferencia de la filosofía, las ciencias o la religión, no es una forma de conocimiento que produzca verdades adorables. Repudia el dogma o el programa y no crea, por tanto, sectas ni feligreses. La poesía —dice Giorán— tiene, como la vida, la ventaja de no probar nada.

"Un país como éste no es el mío", de José A. Gabriel y Galán (Hiperión) (1), puede ofrecer al lector de estirpe política la torpe tentación de una lectura argumental. También una lectura documental (puesto que hay rastros del presente y el pasado nacional) que induzca a buscar la prueba histórica. Con ello, la moraleja se obtiene y, con la bobalicona obviedad de las moralejas, se sabrá que en "este país" (cualquier país) la lucha colectiva (cualquier tensión revolucionaria) es finalmente engullida y "no es" la realidad, aquel proyecto anhelado, ni son, los héroes y símbolos de la persecución, criaturas para llevar siempre entre las ropas y, menos, junto a la familia y los trastos de los nuevos fines de semana.

Quien lea políticamente (religiosamente) el libro, es decir, atropellado hacia la tesis, esperando a un Gabriel y Galán predicador o mitinero, profesional que reparte una moral para reposar serenamente, habrá incurrido en una fácil y temeraria presunción. Sobre "Un país como éste no es el mío" caen, a veces, las huellas de sangre y pan y aceite de la larga posguerra, pero incluso esta materia está en el libro alzada al nivel de las emociones incombustibles. Cuando el texto habla del silencio, el miedo o la depredación hay una voz (varias voces) que concurren no para hacer un inventario arrojado. De ese supuesto inventario han

(1) El libro incluye cinco ilustraciones de OPS.



José Antonio Gabriel y Galán.

quedado los estragos del sonido ahogándose, el grito mutilado y un verso que es en definitiva el resultado del odio circunvalado y la impotencia.

Lo que ha hecho Gabriel y Galán no es un libro que habla sobre algo, es exactamente el estado de la escritura después de aquello. No se describe el silencio, se entrega. No hay reiterados lamentos sobre la devastación; la devastación está en la línea y allí se hospeda. La agonía, por ejemplo, no se copia en un lenguaje deliberadamente desteñido: la agonía es dura y firme como una agonía.

El libro, limpio a fuerza de estar habitado, se defiende en sí mismo contra todo intento de ser "utilizado". Contra la debilidad de buscar en él consuelo y compañía. O se rebela, sobre todo, frente a la posible idea de hallar en él un "obligado" discurso de denuncia, amargura y resentimiento. Tiene, como la buena poesía, la virtud de dar conocimiento y de hacer vivir. No de reconocer y de revivir. La memoria no recuerda, crea, y el pasado es el presente. Sin duda el mejor texto que hasta el momento ha dado a conocer su autor en verso y prosa. ■ VICENTE VERDU. (Foto: LOPEZ RODRIGUEZ.)

Mírese al espejo

Doris Lessing fue el descubrimiento francés de la temporada pasada. El retraso, nada escandaloso si tenemos en cuenta el patriótico desinterés de los franceses hacia la narrativa anglosa-

jona, ha sido causado en parte por el gradual y prudente lanzamiento de Virginia Woolf, Katherine Mansfield, Viky Sackville-West y otras distinguidas prehistóricas. En España es posible que recibamos la onda este otoño. Y es justo, porque Doris Lessing había sido abundantemente editada por Seix Barral a partir de los años sesenta (¿influencia ladina de Gabriel Ferrater?). Con muy buen criterio, la media docena de novelas que duermen el sueño de los justos en los almacenes catalanes, saldrá de nuevo a los escaparates buscando un éxito que ahora parece más probable.

Y, sin embargo, Doris Lessing no está destinada a ser pasto del lector *standard* de literatura feminista. No hay en ella ese fuego artificial de objetos y sensaciones que suele llevarse la parte del león en este tipo de libros. Lessing, como Susan Sontag, es demasiado inteligente y amarga para ser artista. No es una gran novelista, es más bien un artesano excepcional, con esa calidad que suele atribuirse a las motocicletas inglesas. Su meta es la inteligencia y a ella sacrifica cualquier ambición "literaria". Ya se sabe que para escribir una obra de arte hay que ser un poco estúpido; la lucidez suele producir libros admirables, pero sin genio. Y esa cruel capacidad de análisis es la que faculta al lector para devorar sin empacho las obras de Doris Lessing; porque su despiadado sentido común fascina. En sus novelas todo es normal, no sucede nada extraordinario. Sus protagonistas —ella misma, la mayor parte de las veces— viven acontecimientos comunes,

Doris Lessing.



casi vulgares. Tan es así que *Martha Quest* (1), primera parte de su célebre pentalogía, describe la típica crisis de la típica adolescente surafricana, y uno cree estar asistiendo a la típica crisis de la típica adolescente alicantina. Solo hay una diferencia: a esa crisis asiste también un testigo excepcional, Doris Lessing.

Por eso resulta muy difícil escapar a *Martha Quest* o a *El cuaderno dorado* (2), porque se suceden situaciones que todos hemos vivido o las hemos visto vivir a otras personas, y esas situaciones están anotadas por un juez sin compasión. De manera que es inevitable leer esa archisabida disputa paterno filial que tanto conocemos, con la oscura intención de averiguar qué habría hecho Doris Lessing en nuestro lugar; o esa tediosa discusión marxista-chupatintas, con la esperanza de que Lessing nos dé un truco para escapar de la ratonera la próxima vez que nos atrape. Y así toda la vida: del Bautismo a los óleos.

Se trata de la más pura muestra de literatura pedagógica, de narrativa al servicio de una autocritica más sensible. Si tal o cual persona leñera tal o cual escena (piensa el lector), se daría cuenta de lo ridícula que resulta a nuestros ojos; o lo que es igual: si leo con atención, me apercibiré para no volver a hacer el ridículo. Si, señor, es una literatura culpabilizadora; pero en su fuego se purifica la conducta. En una sociedad tan teatral como la nuestra, en la que casi todos actuamos según modelos infantiles y en la que abundan esos puñes; tazos sobre la mesa cuyo ruido oculta la abismal necesidad de lo que se dice, la lectura de Doris Lessing debería formar parte de una campaña de educación para adultos. Pero ella asume su función pedagógica con tranquila ironía. Pudo ser como Virginia Woolf, basta leer *Historia de dos perros* (3), para darse cuenta de que también sabe escribir así, pero prefiere la eficacia: al diablo la literatura, lo importante es prestar atención a lo que hacemos. La eficacia y ¿por qué no?

(1) Doris Lessing, *Martha Quest*. Seix Barral, 1973.

(2) D. Lessing, *El cuaderno dorado*. Noguer, 1978.

(3) D. Lessing, *Un hombre y dos mujeres*. Seix Barral, 1967.